

YASUSHI INOUE

*La escopeta
de caza*



PI
Análisis
de la cultura
de la literatura

Annotation

La escopeta de caza es una pequeña obra maestra de uno de los mejores escritores japoneses del siglo. Fue galardonada con el Premio Akutagawa, el más importante galardón de su país. En ella se relata la historia de la relación adúltera entre un hombre casado, Josuké, y una mujer divorciada, en tres cartas dirigidas a Josuké que ha leído el diario de su madre y que, por tanto, sabe su secreto y las causas de su muerte. En la segunda, la mujer legítima explica las razones por las que ha decidido abandonarle. La tercera carta es la escrita por la amante antes de su suicidio. En el centro, omnipresente, el hombre solitario con su escopeta de caza. De carta en carta, de sorpresa en sorpresa, el lector descubrirá los diferentes aspectos de la tragedia, en esta novela, a la vez apasionada y glacial, de una extraordinaria intensidad.

YASUSHI INOUÉ

La Escopeta De Caza

Traducción de Javier Albiñana Serain

Anagrama

Sinopsis

Traductor: Albiñana Serain, Javier
Autor: Yasushi Inoué
©1988, Anagrama
Colección: Panorama de narrativas, 122
ISBN: 9788433931221

ESCOPEA DE CAZA

YASUSHI INOUÉ

Traducción de Javier Albiñana

Con la colaboración de Yuna Alier

Título de la edición original:
Ryoju

Diseño de la colección:
Julio Vivas

Ilustración de Ángel Jové

Primera edición: febrero 1988
Segunda edición: junio 1990
Tercera edición: octubre 2003

© Yasushi Inoué, 1949
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1988
Pedro de la Creu, 58 08034
Barcelona

ISBN: 84-339-3122-9
Depósito Legal: B. 40965-2003

LA ESCOPETA DE CAZA

UN día, se me ocurrió mandar al *Compañero del Cazador* (la modesta revista publicada por la Sociedad de Cazadores del Japón) un poema titulado *La escopeta de caza*.

Cabría deducir de ello un mayor o menor interés mío por la caza, pero lo cierto es que me educó una madre que aborrecía cualquier tipo de violencia y que jamás tuve en las manos ni una escopeta de aire comprimido. La explicación, de hecho, es hartamente sencilla: el director del *Compañero del Cazador* estudió conmigo en la escuela secundaria y, ya por capricho, ya, como supongo, por expresar con delicadeza su pesar por el modo de enfriarse nuestra amistad, me pidió que le mandase un poema. Al irme haciendo mayor, no puedo permanecer indiferente a las revistas especializadas y sigo garabateando poemas al albur de mi inspiración. No obstante, al ser ajeno el *Compañero del Cazador* a mis inquietudes, en cualquier otra circunstancia habría rechazado el ofrecimiento de su director. Pero la analogía que establecí entre una escopeta de caza y el aislamiento del ser humano acababa de inspirarme, de modo que resolví escribir un tema sobre el particular.

Una gélida noche de finales de noviembre, me quedé sentado ante mi escritorio hasta medianoche y escribí un poema en prosa a mi manera, y al día siguiente se lo mandé al director.

Como el poema guarda relación con la historia que voy a relatar, he decidido incluirlo aquí:

*Con su gruesa pipa de marino en la boca,
Un setter corriendo ante él en la hierba,
El hombre subía a grandes zancadas, a comienzos de aquel invierno,
Por el sendero del monte Amagi,
Y crujía la escarcha bajo sus suelas.
Llevaba en el cinto veinticinco cartuchos,
Un abrigo de cuero, marrón oscuro,
Una escopeta Churchill de doble cañón...
Pero ¿de dónde le venía esa indiferencia, pese a su arma de blanco y brillante metal,
Ante el hecho de arrebatarse la vida a las criaturas?
Fascinado por las anchas espaldas del cazador,
Yo miraba, miraba.*

*Desde aquel entonces,
En las estaciones de las grandes ciudades,
O de noche en los barrios alegres,
A veces sueño,
Me gustaría vivir su vida...
Apacible, serena, indiferente.*

*A ratos cambia la escena de caza.
No es ya el frío inicio del invierno en el monte Amagi,
Sino un seco lecho de torrente, pálido y desvaído.
Y la refulgente escopeta de caza,
Descansando grávida sobre el cuerpo solitario,
Sobre el alma solitaria de un hombre de mediana edad,
Irradia una extraña y adusta belleza,
Que jamás mostró,
Cuando apuntaba a una criatura.*

Cuando recibí el ejemplar de la revista, figuraba mi poema ocupando varias páginas. Pensé, por primera vez, bastante estúpidamente, que pese a su título sugerente no pintaba nada allí. Desentonaba claramente con «el código de la caza», «el espíritu deportivo», «el deporte, factor de salud», y todo lo demás, expresiones todas ellas que aparecían con frecuencia en las demás páginas. Además, el lugar que ocupaba parecía una zona aparte, distinta de los demás artículos, como un enclave ajeno al resto.

Lo que yo había dicho o deseado trasponer en el poema era el trasunto simbólico de una escopeta de caza, tal como asomara intuitivamente a mi mente, no tenía por tanto por qué avergonzarme de nada (muy al contrario, me sentía un tanto ufano), y de haber aparecido mi obra en otra revista, no habría habido problema. Pero aquella publicación pertenecía a la Sociedad de Cazadores del Japón, cuya meta era vulgarizar la práctica de la caza, considerada como un deporte de lo más sano y viril. En tal tipo de revista, la imagen que presentaba yo de la caza venía a ser una herejía y mi poema debía haber sido rechazado. Cuando cobré plena conciencia de ello, comprendí el apuro en que tenía que haberse visto mi amigo al leer el manuscrito, y calibré la estima de que había dado prueba hacia mí atreviéndose a imprimirlo, pese a las vacilaciones que le atenazarían. Bastante tiempo después, seguía embargándome un sentimiento de culpabilidad.

Durante algún tiempo, esperé recibir cartas de protesta de uno o dos miembros de la Sociedad de Cazadores, pero mi inquietud no era sino el producto de mi tremenda vanidad, pues transcurrieron largas semanas sin que me llegase una sola queja acerca de mi poema. Para bien o para mal, había merecido un

silencioso desprecio por parte de los cazadores del Japón. O más exactamente aún, nadie lo había leído.

Pasaron unos tres meses, y había olvidado ya el asunto, cuando recibí una carta de un tal Josuke Misugi, que me era totalmente desconocido.

Hace siglos, comentando un historiador las inscripciones grabadas en el monumento de Taishan, declaró que se asemejaban a los claros rayos del sol tras los aguaceros del postrer otoño. Exagero un tanto, pero los caracteres trazados en el amplio sobre de papel blanco me produjeron análoga impresión. Ignoramos la primigenia belleza y el estilo de las inscripciones de Taishan, porque las piedras del monumento yacen en ruinas y ni tan sólo persiste un vaciado, pero cabe imaginarlas. Los caracteres trazados por Josuke Misugi, exageradamente grandes, parecían querer saltar del sobre; aparecían vigorosamente dibujados, con tanta suntuosidad como soltura. Pero, al tiempo que los contemplaba, emanaba de cada uno de ellos como una impresión de vacío, y me vinieron a la memoria las palabras del historiador acerca del monumento.

Misugi había mojado el pincel en tinta india, y sin duda al escribir sujetaba el sobre con la mano izquierda, pues me pareció que había despachado la operación con premura. Advertí que los trazos resultaban peregrinamente fríos e inexpresivos, totalmente distintos a los que reflejan la lucidez de una mente madura. Me invadió la sensación de que quien los ejecutara no había querido poner de relieve su destreza, ni manifestar ese rebuscamiento que llama habitualmente la atención de un experto en caligrafía.

Comoquiera que fuese, la carta estaba escrita con tal lujo y magnificencia que el vulgar buzón de mi casa se me antojó indigno de contenerla. En cuanto abrí el sobre, me di cuenta de que mi comunicante había utilizado una hoja de papel chino de más de seis pies y de que cada una de las líneas de su misiva constaba tan sólo de cinco o seis gruesos caracteres, semejantes a los del sobre.

«Me interesa bastante la caza —escribía Misugi— y he tenido recientemente ocasión de leer su poema. Soy hombre carente de gusto y no siento la menor inclinación hacia la poesía. En honor a la verdad, era la primera vez que leía un poema. Perdóneme que le diga que desconocía su nombre. Pero he sufrido una conmoción como no la había experimentado hasta ahora.»

Por segunda vez releí aquel primer párrafo y sentí que se me encogía el corazón al tiempo que rememoraba el poema que se había borrado de mi mente. Me imaginé que por fin surgía una protesta, una protesta cuyo autor era un cazador nada común. Pero, al proseguir mi lectura, comprobé que el contenido de la carta era muy distinto de lo que yo esperaba. Misugi escribía cosas en las que jamás había pensado. Con todo, los términos seguían siendo corteses y su tono comedido reflejaba cierta convicción, así como un despego comparable al que revelaba su letra.

«¿Qué diría usted si le confesase que el hombre de quien habla en su poema no es otro que yo? Sin duda habrá observado usted mi estampa más bien tosca, en el pueblo al pie de la montaña, cuando salía a cazar a las reservas del Amagi. Mi setter negro y blanco, especialmente adiestrado para levantar faisanes, y la Churchill, que me regalara en Londres mi maravilloso profesor, y hasta mi pipa favorita llamaron su atención. Todos esos pormenores me designan, sin duda alguna. Y el que mi talante, que dista mucho de cualquier espiritualidad, le haya proporcionado la inspiración necesaria para escribir un poema, me colma de un sentimiento de orgullo y confusión. Hoy, por primera vez, admiro profundamente la perspicacia poco común de los poetas.»

Al llegar a ese punto de mi lectura, me esforcé en recordar al cazador con el que me cruzara cinco meses antes, cuando me paseaba por el angosto sendero sinuoso, entre los cedros, muy cerca, en efecto, del pueblecillo termal situado al pie del monte Amagi en la casi isla de Izu. Pero no descubrí nada sorprendente en mis recuerdos, salvo la confusa impresión de que aquel cazador visto de espaldas emanaba un insólito sentimiento de soledad. Por lo que respecta a los pormenores físicos, no me venían a la mente con suficiente precisión.

Además, no había observado al hombre con particular atención. Me había chocado simplemente el hecho de que el hombre que venía hacia mí en el aire helado de aquella mañana de invierno incipiente, con la escopeta al hombro y la pipa entre los dientes, contrariamente a los cazadores normales, ostentaba en toda su persona como un algo contemplativo. Después de cruzarnos, no pude menos de volverme a mirarlo, y lo vi abandonar el sendero, torcer camino de la montaña cubierta de arbustos y comenzar a ascender lentamente la empinada cuesta, esforzándose en equilibrar su peso a cada paso, como si temiera resbalar. Fue en aquel instante, al observar aquella silueta que se alejaba, cuando me embargó, como dejé escrito más tarde, una sensación de aislamiento. Mis conocimientos eran suficientes para reconocer, en el perro, a un magnífico setter; ignoraba, en cambio, el nombre de la escopeta, dado que nunca había manifestado interés por la caza. Únicamente supe de la existencia de la escopeta Richard y de la Churchill (consideradas las mejores de Inglaterra), la noche en que decidí escribir el poema, y me tomé la libertad de dotar a mi héroe de una Churchill. Sólo el azar quiso que Misugi poseyese en efecto una escopeta de ese tipo. Y por ese mismo motivo, el auténtico Josuke Misugi, pese a su semejanza con mi cazador, y con ser la fuente de mi inspiración, seguía siendo para mí un desconocido.

Proseguía la carta en estos términos: «Con razón dudará usted del equilibrio mental de un hombre que salta de pronto de un tema a otro. Tengo aquí tres cartas que me fueron dirigidas. Tenía intención de quemarlas, pero, tras leer su excelente poema, me he creído obligado a dárselas a conocer. No me perdonaría el turbar su sosiego, sin embargo se las mando por separado. Me gustaría que las leyese usted con entera tranquilidad. Únicamente le pido que las lea. Es cuanto deseo. Quisiera que supiese que el

“seco lecho de pálido torrente” es el que yo contemplé. Creo que es gran locura en un hombre el querer que otro le comprenda. Jamás había experimentado tal sentimiento hasta ahora, pero, al tener conocimiento de que se interesa usted por mi caso, he decidido no ocultarle nada. Espero que tras leerlas, tenga usted la bondad de quemar estas tres cartas. Nuestro encuentro en el Izu se produjo al poco de recibirlas. Tiempo hace ya que me interesa la caza, pero, mientras que actualmente me he convertido en un ser solitario, hace unos años, cuando inspiraba el respeto de todos tanto en mis actividades sociales como en mi vida privada, el echarme una escopeta al hombro suponía para mí una obligación. Permítame que acabe con este importante extremo.»

Dos días más tarde me llegaban las tres cartas. El sobre que las contenía ostentaba el nombre de Josuke Misugi y sus señas, un hotel en el Izu, las mismas que figuraban en el primer sobre. Cada una de las cartas se la dirigía una mujer distinta. Las leí y... ¡No! Llegado a este punto, me niego a silenciar la impresión que me produjeron. Transcribiré el texto íntegro. Pero, antes de hacerlo, permítanme que agregue esto: habida cuenta de que Misugi ocupaba aparentemente un lugar descollante en la alta sociedad, busqué su apellido en el *Who's Who*, en los anuarios, y ¿dónde más? Pero fui incapaz de hallarlo. Utilizaba sin duda un seudónimo. Por ello, al copiar las cartas, cada vez que me he encontrado con uno de los numerosos lugares tachados donde tenía que haber figurado su auténtico apellido, me he limitado a escribir el apellido con el que se me dio a conocer. He designado asimismo con seudónimos a las personas mencionadas por las comunicantes de aquel a quien llamo siempre Josuke Misugi.

CARTA DE SHOKO

QUERIDO Josuke:

Hace ya tres semanas que murió Madre. ¡Qué deprisa ha pasado el tiempo! Ayer recibí los últimos pésames y toda la casa parece de pronto sumida en el silencio, y ahora cobro plena conciencia de que Madre no es ya de este mundo. Estará usted extenuado. De todo se ocupó usted, de las esquelas a los parientes, de organizar la comida de medianoche; hubo de hablar también con la policía, al no haber sido natural la muerte de Madre, y desempeñó usted tales cometidos con escrupuloso celo. No hallo palabras para expresarle mi gratitud. Ahora que ha regresado usted a Tokio a hacerse cargo de sus negocios, mucho me temo que esté totalmente exhausto.

Pero, si ha llevado a cabo usted el programa que me comunicó antes de marchar, habrá concluido ya sus quehaceres en Tokio, y se hallará en este instante, me imagino, admirando los árboles de los que el Izu posee tantas especies diversas. La región, lo recuerdo, está bañada por una luminosa claridad, pero, en cierto modo, evoca una fría y austera imagen pintada en porcelana. He tomado la pluma con la esperanza de que lea esta carta durante su estancia allá.

Esperaba, y lo intenté, escribirle una carta cuya lectura le hubiera incitado de inmediato a saborear el hechizo del viento, con la pipa en la boca, pero por mucho que me esfuerzo no lo logro, y he echado ya a perder un montón de hojas. Sin embargo, no me esperaba tropezarme con la menor dificultad. Quería expresarle, con entera sencillez, los sentimientos que me obsesionan, y deseaba obtener su aprobación en un extremo. He meditado mucho sobre el modo de abordar el asunto que me preocupa, y mis reflexiones me han servido como de borrador. Pero no bien tomo la pluma, todo cuanto quiero decirle se me viene de repente encima al mismo tiempo y... ¡No! No es eso. A decir verdad, toda clase de zozobras se precipitan sobre mí por doquier, como las olas blancas de espuma, en Ashiya, los días de fuerte viento, y esas zozobras me sumen en la confusión. No importa, quiero continuar.

Querido Josuke, ¿lo confesaré? Todo lo sé sobre usted y Madre. Me enteré el día mismo en que murió Madre. Leí su Diario.

Si tuviese que decir esto de viva voz, ¡qué difícil sería para mí! Sin contar lo penoso que resultaría el intentarlo, me vería sin duda incapaz de dirigirle la palabra de modo coherente. Si me veo capaz en este instante, es sólo porque le escribo. No es que me invada el espanto o el horror, sólo me invade la tristeza. Mi lengua está paralizada por la zozobra, una zozobra que no atañe tan sólo a Madre, o a usted, o a mí, sino que lo abarca todo: el cielo azul encima de mí, el sol de octubre, la corteza oscura de los mirtos, los tallos de bambú balanceados por el viento, hasta el agua, las piedras y la tierra. Todo cuanto en la naturaleza atrae mi mirada se tiñe de tristeza cuando me dispongo a hablar. Desde el día en que leí el Diario de Madre, he observado que la Naturaleza cambiaba de color varias veces al día, y que cambia de súbito, como en el instante en que desaparece el sol, oculto por las nubes. Tan pronto mis pensamientos se orientan hacia usted y hacia Madre, todo cuanto me rodea se torna distinto. ¿Lo sabía usted? Aparte de los treinta colores al menos que contiene una caja de pinturas, existe uno que es propio de la tristeza y que el ojo humano puede percibir perfectamente.

Lo que sé de sus relaciones con Madre evidencia que se trataba de un amor que nadie aprueba ni podría aprobar. Sólo usted y Madre saben cuál fue ese recíproco amor, y nadie más. Su mujer Midori no sabe nada. Yo misma tampoco sé nada. Ninguno de nuestros parientes lo sabe. Ni nuestros vecinos más próximos ni los que viven al otro lado de la calle, ni siquiera nuestros amigos más queridos saben nada. Ahora que ha muerto Madre, es usted el único en saberlo. Y el día en que abandone este mundo, ninguna criatura en la tierra imaginará que haya existido tal amor. Hasta ahora, yo creía que el amor era semejante al sol, rutilante y victorioso, eternamente bendecido por Dios y por los hombres. Creía que el amor crecía poco a poco en potencia, como un río límpido que centellea en toda su belleza bajo los rayos del sol, temblando en mil arrugas levantadas por el viento y resguardado por orillas cubiertas de hierba, árboles y flores. Creía que era eso el amor. ¿Cómo podía imaginar un amor al que el sol no ilumina y que fluye de ningún sitio a ningún sitio, profundamente hundido en la tierra, como una corriente subterránea?

Madre me mintió durante trece años y seguía mintiéndome a su muerte. No podía yo imaginar que existieran secretos entre nosotras. La propia Madre no dejaba de repetir que estábamos ambas solas en este mundo. Únicamente se negaba a revelarme una cosa: los motivos de su divorcio con mi padre, pero agregaba para justificarse que me resultaría imposible comprenderlo antes de contraer matrimonio. ¡Cuánto deseaba que llegase ese día! No es que estuviese impaciente por conocer lo que había sucedido entre ellos, sino que sabía lo mucho que sufría Madre por no poder compartir conmigo sus secretos. Parecía de veras que le resultase intolerable. ¡Y pensar que fue capaz de ocultarme otro secreto!

De niña, Madre me contó el cuento del lobo que, poseído por el demonio, engañó a un conejito. El lobo quedó convertido en roca, en castigo de su pecado. Madre me engañó, engañó a Midori, engañó a todo el mundo. ¡Dios mío! ¿Qué la impulsaría a obrar así? ¿La poseyó algún horrendo demonio? Sí, eso es lo que ocurrió. Madre utilizaba la palabra «pecador» en su diario: «Yo, y Misugi también, somos pecadores. Y puesto que no nos es posible dejar de ser pecadores, seamos al menos grandes pecadores.» ¿Por qué no escribió «estamos poseídos por el demonio»? ¡Pobre, pobre Madre, más digna de compasión que el lobo que engañó al conejito! Y sin embargo, ¿Madre y usted hubieran deseado entonces ser pecadores, grandes pecadores? Un amor que sólo puede sobrevivir al precio del pecado muy triste ha de ser. De niña, alguien me compró un día un pisapapeles en la feria: una flor artificial roja, dentro de una bola de cristal.

Me fui con ella, pero, de repente, me eché a llorar. Nadie hubiera podido adivinar la causa. Unos pétalos, como tiesos por el hielo, inmóviles, dentro del vidrio frío, pétalos inanimados, fuese primavera u otoño, pétalos sumidos en la muerte... El pensar lo que habían debido de sentir aquellos pétalos, me inundó súbitamente de tristeza. La misma tristeza que me invade hoy. El amor entre usted y Madre era comparable a aquellos pétalos...

Querido Josuke, quizá esté usted ahora enfadado conmigo por haber leído el Diario de Madre, pero he de decir que desde hacía ya tiempo tenía el presentimiento de que no se restablecería. Un no sé qué, en su aspecto, me trasmitía la terrible advertencia de que se acercaban sus últimos momentos. Con todo, nada permitía presagiarlo. Desde hacía seis meses, eso sí, estaba siempre un poco febril, pero no había perdido el apetito y, como sabe usted, tenía la tez más lozana y había ganado peso. A pesar de todo, conforme transcurrían las semanas, no podía ahuyentar de mí la impresión de que su espalda enflaquecía de modo inquietante, sobre todo siguiendo las líneas que unen el cuello con los hombros.

La víspera de su muerte, se presentó Midori a preguntar por ella, y fui al cuarto de Madre a informarla de la visita; pero, cuando abrí la puerta corredera, sufrí un sobresalto. Madre volvió la cara. Estaba sentada en el lecho y llevaba puesto un haori¹ de seda gris malva con grandes cardos brillantes bordados. Una prenda que me había regalado hacía tiempo por resultar, según decía, demasiado llamativa para ella, y que había guardado en un arcón del que no había vuelto a sacarla. Hasta entonces...

«¿Qué sucede?», dijo Madre volviéndose hacia mí, aparentemente extrañada de mi sorpresa.

«¡Pero bueno!»

Tras pronunciar tan sólo esas palabras, no hallé nada más que agregar. Y, un instante más tarde, ni siquiera sabía por qué había torcido el gesto al principio. Me eché a reír. Madre había mostrado siempre cierta extravagancia en el vestir y no tenía nada de extraño que se hubiera puesto ropa de antaño. A raíz de su enfermedad, se había convertido aquello en un hábito cotidiano, supongo que para distraerse. Con todo, cuando me paro a pensarlo hoy, recuerdo que me llamó la atención el encontrármela con el haori de seda puesto. Parecía tan guapa que no exagero diciendo que resultaba deslumbrante. Y sin embargo, se hubiera dicho que era presa a un tiempo de un sentimiento de profunda soledad. Jamás había observado tal actitud en ella. Midori entró tras de mí en el cuarto. Tras gritar «¡Qué preciosidad!», se sentó un instante sin hablar, como fascinada, a su vez, por el esplendor del haori.

Todo el día estuvo rondándome por la mente aquel esplendor, pero también la espantosa soledad que revelaba para mí la espalda de Madre cubierta con el haori. Era como si se me hubiese deslizado un pedazo de plomo frío en lo más hondo del alma.

Al anochecer, amainó el viento que había estado soplando todo el día y, con la ayuda de nuestra criada Sadayo, rastrillé las hojas secas del jardín y las quemé. Decidí también ir a buscar unas gavillas de paja de arroz que habíamos comprado a un precio exorbitante unos días antes, y que quería quemar para echar una capa de ceniza en la estufa de leña que ardía en el cuarto de Madre. Madre, que miraba por la ventana, salió a la veranda con un paquete cuidadosamente hecho y envuelto en papel de color. «Quema también esto», dijo.

«¿Qué es?», le pregunté.

«No importa», contestó con tono inhabitualmente seco. Pero debió de mudar de parecer un instante después, pues agregó tranquilamente: «Un Diario. El Diario de tu madre. Quema el paquete tal cual.» Luego dio media vuelta y se fue por el pasillo con paso poco firme, como arrastrada por el viento.

Necesité más de media hora para obtener las cenizas. Mientras la última gavilla de paja se tornaba humo purpúreo, tomé una decisión. Subí a escondidas a mi cuarto con el Diario y lo oculté tras una repisa. Aquella noche, volvió a soplar el viento. Al tiempo que miraba por mi ventana, que está en el piso de arriba, me puse a pensar que el jardín, vivamente iluminado por la pavorosa blancura de la luna, semejava una playa agreste y lívida de los países del extremo norte, y el rumor del viento me recordaba el romper de las olas. Madre y Sadayo estaban ya en la cama y yo era la única levantada. Tras apilar contra la puerta cinco o seis gruesos volúmenes de una enciclopedia para impedir que la abriese alguien desde el exterior, y tras correr las cortinas, pues me daba miedo hasta el claro de luna que penetraba a oleadas en el cuarto, ajusté la pantalla de mi lámpara de mesa y coloqué el amplio cuaderno en plena luz.

Querido Josuke, pensé que si dejaba pasar semejante ocasión, ya nunca sabría nada de mi padre y de Madre. Hasta entonces abrigaba el ingenuo propósito de aguardar a mi matrimonio para saber algo. Pero tras ver a Madre ataviada con aquel haori, mudé de parecer. Pues tenía el convencimiento —y ello constituía para mí un doloroso secreto— de que no volvería a restablecerse.

Con todo, debo confesar que me habían llegado rumores acerca de los motivos del divorcio de mis padres a través de mi abuela de Akashi y de otros parientes. Contaba por aquel entonces cinco años y vivía con Madre, la abuela y las criadas, en Akashi, y mi padre, yo lo sabía, proseguía sus estudios para obtener el título de pediatra en la Universidad de Kyoto. Un día de mucho viento, en el mes de abril, se presentó una joven con una criatura en los brazos preguntando por mi madre. Nada más entrar en el salón de los invitados, la mujer dejó a la criatura en la alcoba, sacó de su cesto un camisón y se lo puso. Así se la encontró Madre cuando llegó con el té. No cabía duda de que la mujer estaba loca. Más tarde descubrimos que la criatura anémica que dormía en la alcoba era hijo de mi padre y de aquella mujer.

Tiempo después, supe que el niño había muerto y que la mujer, cuya demencia era momentánea, se había restablecido. Según dicen, ahora está casada y vive feliz con un negociante en Okayama. Al poco de aquel suceso, Madre marchó de Akashi llevándome con ella. Por lo que respecta a mi padre, que había tomado el apellido de mi madre², hubo de divorciarse. Cuando tuve edad de ir a la escuela, la abuela me declaró: «Saiko se obcecó demasiado. Tenía que haber perdonado.»

¿Fue la excesiva sensibilidad de Madre la que la llevó a no perdonar a mi padre?

Eso es cuanto sé de ellos. Hasta los siete u ocho años, me embargó el convencimiento de que mi padre no podía estar vivo. Me habían educado en el convencimiento de que estaba muerto. Incluso hoy tengo tal impresión. A mi padre, que dirige, según dicen, un gran hospital a menos de una hora de aquí, a mi padre, que, según dicen, no se volvió a casar, a ese padre bien real, no puedo imaginármelo, por mucho que me esfuerce. No dudo que esté vivo de verdad el director del hospital, pero mi padre —el padre de Shoko— murió hace ya tiempo...

Abrí el Diario de Madre por la primera página y la primera palabra con que se toparon mis ávidos ojos no fue la que me esperaba. Fue la palabra «pecado». ¡El pecado, el pecado, el pecado! Se repetía incansablemente, escrita con un trazo tan furioso que me costaba creer que tuviera ante mis ojos la letra de mi madre. Bajo aquel acumulamiento de «pecados», como si la hubiese hecho sufrir el asumir el peso de aquella palabra, había escrito, como al azar: «¡Dios, perdóname! ¡Perdóname, Midori-san³!» Todas las demás frases se me borraron de los ojos, y tan sólo las palabras de aquella línea se me antojaron reales, cual abominables demonios dispuestos a arrojarse sobre mí uñas en ristre.

Cerré de inmediato el Diario. ¡Qué instante tan horrendo! Reinaba el silencio a mi alrededor y sólo oía los latidos de mi corazón. Me levanté a cerciorarme de que ni puerta ni ventanas podrían abrirse y, al regresar a la mesa, había recobrado el ánimo suficiente para volver a abrir el cuaderno. Con la sensación de haberme convertido a mi vez en un demonio, leí de la primera a la última página. No hallé una sola línea alusiva al secreto que tan ardientemente deseaba conocer, el de mis padres.

Tan sólo hallé su historia, la de las relaciones entre Madre y usted, una historia cuya existencia ni había sospechado, y relatada en términos de una violencia que me resultaba inimaginable en Madre. Tan pronto sufría como se sumía en el éxtasis, tan pronto rezaba como se hundía en la desesperación, tan pronto decidía matarse... Sí, ¡pensaba a menudo en el suicidio! Escribía que se mataría si por casualidad llegaba a enterarse Midori de lo que ocurría. ¡Pensar que Madre, que conversaba tan jovialmente con Midori, pudiese temerla hasta ese punto!

Tras leer el Diario, supe que a Madre la había obsesionado la idea de la muerte a lo largo de los últimos trece años. Unas veces durante cuatro o cinco días, otras durante dos o tres meses consecutivos, no escribía nada en su Diario, pero en cada página se hallaba frente a frente con la muerte. «*La muerte, ése es el remedio. La muerte resuelve el problema, ¿no es así?*» ¿Qué la impulsaba a escribir tales palabras dictadas por la desesperación, tales palabras descabelladas? «*¿Qué cabe temer, cuando se ha aprendido a morir? ¡Muéstrate más firme, Saiko!*» ¿Qué impulsaba a mi madre, tan dulce, a expresarse con tal falta de pudor? ¿Era ése el bello y glorioso sentimiento que denominan amor? En una ocasión, el día de mi cumpleaños, me regaló usted un libro. Contenía la imagen de una maravillosa mujer desnuda junto a una magnífica fuente; el caudal de sus largos cabellos se derramaba sobre sus pechos que semejaban capullos erguidos hacia el cielo y que oprímia con ambas manos, y el libro decía que aquello era el amor. ¡Pero qué diferencia con el amor que existía entre ustedes dos!

Desde que leí el Diario de Madre, Midori se ha convertido para mí en el ser más horrendo del mundo. El secreto sufrimiento de Madre no se ha borrado, ha pasado a ser el mío. ¡Esa Midori que me besara antaño con sus labios apretados! ¡Esa Midori a la que quería tanto que me resultaba difícil decir si prefería a Madre o a ella! Midori fue la que me regaló mi cabás de colegiala, con una enorme rosa pintada, para celebrar mi ingreso en la escuela primaria de Ashiya. El verano en que me fui de colonias, ella me regaló una balsa en forma de pájaro. Cuando iba al instituto, recitaba en clase *Pulgarcito*, de Grimm, y todos aplaudían, y Midori me ayudaba a aprenderme la lección casi cada noche, y ella era quien me felicitaba más efusivamente después de la lección.

Y muchas otras cosas hizo, ¡muchas más! En cualquier episodio que evoque de mi infancia, hallo siempre presente a su mujer Midori, la prima y amiga de mi madre. Midori que destacó antaño en el mahjong, en el golf, en natación, en el esquí, pese a que ahora tan sólo se dedica apenas al baile. Midori que solía hacer pasteles de carne más grandes que mi cabeza. Midori que nos dejó de piedra una vez, a Madre y a mí, apareciendo con una *troupe* de bailarinas de Takarazuka⁴. ¿Por qué se vio siempre mezclada en nuestra existencia, con aquella alegría de vivir que irradiaba como una rosa gigante?

Si alguna vez abrigué alguna sospecha respecto a usted y Madre, fue sin duda hará cosa de un año. Aquel día, me encaminaba hacia la escuela con una amiga, y casi habíamos llegado a la estación cuando advertí que me había dejado olvidado el cuaderno de inglés en casa. Rogué a mi amiga que me aguardara y volví a por mi cuaderno. Pero no pude abrir el portal. Sabía que nuestra criada había salido, aquella mañana, a hacer un recado, y que se suponía que Madre estaba sola en la casa. Con todo, el hecho de que estuviese sola, dentro, me hizo experimentar un sentimiento de incomodidad. En realidad, tenía miedo. Permanecí durante un instante ante el portal contemplando los frondosos macizos de azaleas, dudando en entrar, y por fin renuncié a mi cuaderno y regresé junto a mi amiga. No acertaba a explicarme la extraña impresión que me embargaba. Se me antojaba de repente que Madre vivía, sola en casa, minutos muy personales desde que yo había marchado a la escuela, que, de entrar yo, se hubiese sentido incomodada y su rostro hubiese reflejado tristeza. Caminaba dando puntapiés a las piedras del camino, y cuando llegué a la estación, me apoyé de espaldas al banco de madera, en la sala de espera, sin prestar atención a lo que me decía mi amiga.

Fue la primera y última vez que experimenté tal impresión. Pero aquel presentimiento me parece hoy aterrador. ¿Quién sabe? Quizá tuvo Midori el mismo presentimiento en alguna circunstancia, exactamente como lo tuve yo sin el menor motivo. Aun cuando jugaba a las cartas, Midori, cuyo olfato era más sutil que el de un pointer, se ufanaba de adivinar los pensamientos de los demás. Resulta terrible pensarlo, pero quizá mi angustia sea ridícula y exagerada. Comoquiera que sea, ahora todo ha concluido. El secreto ha

quedado guardado o, mejor dicho, no, Madre ha muerto para guardar el secreto. Me imagino que por eso y no por otra cosa ha muerto.

Aquel infausto día, antes de comenzar a sufrir dolores intensos y fulgurantes, Madre me llamó a su lado y, con sorprendente tono de despego, me dijo: «Acabo de tomarme un veneno. Estoy cansada. Cansada de seguir viviendo. Cansada.»

No parecía dirigirse a mí, sino a Dios a través de mí, y su voz poseía una extraña pureza, como una música celestial. La palabra «pecado, pecado, pecado», cien veces repetida, y todo cuanto leí en su Diario la noche anterior se desplomaba ahora en torno a ella, con un estrépito que yo podía advertir claramente. La masa de aquel edificio, de varias plantas de altura, formada por todos los pecados que cometiera durante trece años, aplastaba en aquel instante a mi madre moribunda, arrastrándola con ella. Alelada, sentada en cuclillas, seguí su mirada, que parecía fija en algún objeto lejano, y sentí que me acometía un ataque de ira semejante a una repentina borrasca de fin de otoño: una abrasadora, una violenta explosión de indescriptible furor contra algo, ignoro el qué. Clavé los ojos en su rostro y dije: «Entiendo.»

Pronuncié esas palabras como si nada de aquello me atañese. Pero, tras responderle así, sentí que mi cerebro se tornaba frío e insensible y, con extraña serenidad, que a mí misma me sorprendió, me levanté. En vez de cruzar el salón de invitados, me interné por los dos largos pasillos, como quien caminase sobre el agua. En ese instante comenzaron a oírse los breves alaridos de Madre, como si se la tragasen las tenebrosas aguas de la muerte, y cogí entonces el teléfono para llamarle. Pero fue Midori quien irrumpió en la casa, demudada, cinco minutos después. Madre murió cogida de la mano de Midori, la persona a la que había amado y temido a un tiempo más que a nadie. Midori extendió un blanco sudario sobre el rostro de Madre, ese rostro que ignoraría en lo venidero todo sufrimiento, toda zozobra...

Querido Josuke, la primera noche de velatorio fue tan tranquila, que difícilmente cabe imaginar que sea posible semejante noche. El ir y venir de la gente, de los policías, del médico, de los vecinos, había concluido al caer la noche, y nos quedamos solos, usted, Midori y yo, ante el ataúd de Madre. Cada uno de nosotros observaba el silencio, como si prestásemos oído al ascender de una masa de agua que nos rodease. Cada vez que quedaba reducido a cenizas un palo de incienso, nos acercábamos, una vez cada uno, a encender otro, abismados en nuestras oraciones, con las manos juntas, frente a una fotografía de Madre. De cuando en cuando, abríamos la ventana, para airear. Parecía usted el más profundamente afligido de nosotros tres. Una vez, al levantarse para ir a encender otro palo de incienso, clavó tranquila e intensamente la mirada en la fotografía y me pareció leer en su rostro una leve sonrisa, cuyo sentido nadie, sino Madre, podía comprender. Poco importan las dificultades que conociese Madre durante su vida; no le impidieron gozar de la felicidad, pensé varias veces en el transcurso de aquella noche.

Hacia las nueve, cuando me dirigía hacia la ventana, rompí de repente a llorar. Usted se levantó pausadamente y durante un instante apoyó la mano, con suavidad, en mi hombro; luego, sin pronunciar palabra, regresó a su sitio. No venía causado mi llanto, en aquellos instantes, por el dolor que me inspiraba la muerte de Madre. Lloraba porque Madre, lo recordaba, ni siquiera había pronunciado el nombre de usted en sus postreros momentos, y también porque me preguntaba el motivo de que hubiese acudido Midori, y no usted, cuando le telefoneé. Al afluir tales hechos y otros semejantes a mi memoria, me sentía de súbito inundada de dolor. Me imagino que era el efecto de mi piedad hacia usted, pues usted y Madre se veían obligados a representar su papel hasta el momento de la muerte para proteger su amor. ¡Y me vinieron también a la memoria los pétalos de flor aplastados en la masa del pisapapeles!... Abrí la ventana para contemplar el cielo gélido cuajado de estrellas, y reprimí mi dolor a punto de estallar en forma de agudo grito. Pero al pensar que en aquel instante el amor de Madre ascendía al cielo entre las estrellas y que su amor secreto, ignorado por todos, gravitaba en el campo de los astros, no pude aguantar más tiempo la violenta necesidad de gritar. La tristeza de la muerte de Madre, comparada con la desesperanza de aquel amor huido hacia el cielo, se me antojaba casi carente de sentido.

Cuando cogí los palillos, al comenzar la colación de medianoche, rompí de nuevo a llorar a lágrima viva. Midori me dijo con su voz sosegada y su dulzura habitual: «Intente dominarse. Sé lo que siente y me entristece no poder ayudarla.»

Mientras me enjugaba las lágrimas y alzaba la vista hacia ella, observé que estaba también deshecha en llanto. Al ver sus hermosos ojos anegados, moví la cabeza en silencio, y me eché otra vez a llorar, hasta tal punto Midori me pareció de repente patética. Cuando la vi disponer los alimentos en cuatro platitos, el primero como ofrenda para Madre, uno para usted, otro para mí y el último para ella, no sé por qué cobré de pronto conciencia de que, de todos nosotros, Midori era la más digna de piedad, y ese sentimiento me hizo romper en sollozos.

Lloré otra vez en el transcurso de la noche. Había ido a acostarme a la habitación contigua, tras instarme a ello usted y Midori. Según usted, estaría totalmente agotada al día siguiente si me pasaba la noche velando. Nada más acostarme, me dormí profundamente, pero me desperté al poco, bañada en sudor. Eché una mirada a la péndola que estaba en el estante lateral de la alcoba y me di cuenta de que había transcurrido apenas una hora desde que me había dormido. La habitación contigua a la mía, en la que habían instalado el ataúd, seguía tan tranquila como antes y el único ruido que oía era el de su mechero cuando lo utilizaba, de cuando en cuando. Transcurriría media hora, cuando usted dijo: «¿Quieres descansar un poco, Midori? Ya velaré yo.»

«No, gracias. ¿No quieres descansar tú?», contestó su mujer.

Oí esa breve conversación entre usted y Midori —ni una palabra más— y todo tomó a sumirse en el silencio que reinaba antes, y que, luego, ya nada turbó. Lloré amargamente bajo las sábanas por tercera vez. Lloraba porque todo me parecía abocado a un aislamiento triste, aterrador. Ustedes tres —Madre, ya convertida en alma, y usted y Midori— estaban reunidos en la misma estancia, y cada uno de ustedes

tenía sus pensamientos secretos pero se los guardaba. Cuando me imaginaba aquella escena, el mundo de los adultos se me antojaba intolerable, como un mundo de soledad, de tristeza y de horror..

Querido Josuke, mi carta resulta incoherente en muchos puntos, pero he procurado expresar mi estado de ánimo actual con entera sinceridad, pues deseo que apruebe usted lo que deseo pedirle.

Es lo siguiente: no quiero volver a verles, ni a usted ni a Midori. No quiero volver a jugar respecto a ustedes a la niña con el mismo candor, o presumir con la misma inocencia del afecto de Midori, ahora que he leído el Diario de Madre. Quiero zafarme de los escombros del pecado que aplastaron a mi madre. No me quedan fuerzas para continuar la carta.

Dejo la casa de Ashiya al cuidado del señor Tsumura, un pariente mío; de momento, tengo intención de regresar a Akashi y de ganarme la vida abriendo una tienda, digamos que de moda extranjera. Madre me aconseja en su testamento que recurra a usted para lo que sea, pero, de haber visto en qué estado de ánimo me hallo ahora, jamás hubiera hecho tal sugerencia.

He quemado el Diario en el jardín, hoy. El amplio cuaderno se ha convertido en un puñado de cenizas, y, mientras iba a buscar un poco de agua para sofocar el fuego, un leve torbellino lo ha dispersado todo, al tiempo que las hojas secas.

CARTA DE MIDORI

SEÑOR Josuke Midori,

Mientras escribo tu nombre, precedido del ceremonioso «señor», noto que mi corazón late de emoción a pesar de mi edad (¡en el fondo no tengo más que treinta y tres años!), como si estuviese escribiendo una carta de amor. He escrito montones de cartas de esa índole en el transcurso de los diez últimos años, unas en secreto, otras abiertamente, pero ninguna iba dirigida a ti. ¿Por qué? Hablo en serio y, por ello, me invade una extraña sensación, que me resulta imposible explicar convincentemente. ¿No te parece raro a ti también?

La señora Takagi (quizá la conozcas. Es esa señora a la que se le pone cara de zorro cuando se maquilla) compuso hace tiempo unos retratos dialogados sobre la gente de copete que vive en los suburbios ricos, de Osaka a Kobe. Un día declaró, con muy poca mundología, que tú no eras hombre que se interesase por las mujeres, que no comprendías su sutil psicología y que, el día en que te subyugara una de ellas, tú en cambio serías incapaz de subyugarla. Hizo tal declaración en un ligero estado de ebriedad, por lo que no debiste de concederle gran importancia, pero, en cualquier caso, algo de eso hay en ti. Primero, que nunca has conocido la soledad. Nunca te has sentido atezado por la soledad. A veces pareces taciturno, pero tu rostro jamás refleja de veras un deseo insatisfecho. En cualquier circunstancia, encuentras soluciones tajantes, y estás plenamente convencido de que tus opiniones son siempre acertadas. Tienes la certeza de que antes que nada cuentas contigo, pero, no sé por qué, eso despierta en una deseos de hacerte titubear. En resumidas cuentas, una mujer te considera de carácter más bien difícil, al tiempo que estima que careces de las cualidades y atractivos de que están provistos los demás hombres, y encuentra del todo inútil desvivirse por ti, por mucho que le apetezca.

Por ello, resulta sin duda superfluo que muestre cierta impaciencia en intentar que comprendas la sensación extraña, inexplicable, que me embarga al pensar que ninguna de mis cartas iba dirigida a ti. Es curioso, ¿no? Sin embargo, hubiera podido ser perfectamente factible que te enviase una o dos cartas de amor, pues todas cuantas he escrito expresan mis sentimientos hacia ti, con ser sus destinatarios hombres distintos. La explicación es, sin duda, bastante sencilla: mi timidez natural me incapacita para escribir a mi marido. Es como si hubiese conservado una especie de candor ingenuo, de tal manera que no logro evitar el escribir a hombres a quienes puedo hacerlo con la mente relajada. Puede verse en este hecho la influencia de mi mala estrella, los efectos de la mala suerte que me marcó al nacer y, al mismo tiempo, quizá mi mala suerte sea también la tuya.

*Esos peligrosos manejos
Pueden hacerte renunciar a la serenidad altiva
Que, de lejos, me maravilla.*

El otoño pasado, mientras pensaba en ti, en tu despacho, confié mis impresiones a este poema. Trata de los sentimientos de una desdichada esposa que se contiene para no turbar (quiero decir, que no sabe cómo turbar) la tranquilidad de su marido, que está examinando en su despacho, pongamos por ejemplo un jarrón blanco de la dinastía Yi. (¡Ah, eres como una ciudadela defendida por todas partes, imponente e inexpugnable!)

Quizá me acuses de mentir. Pero, aun tras jugar toda la noche al mahjong, sigo conservando la suficiente presencia de ánimo como para proyectar mi pensamiento hacia ti, en tu despacho. Como sabes, el poema tuvo el efecto, cosa lamentable, de turbar la serenidad de un joven profesor. Me refiero al señor Tagami, el fanático filósofo que ha ascendido ahora, de simple lector, al grado de profesor adjunto, de modo que ha pasado por fortuna a ser independiente. Yo había dejado, en efecto, el poema encima de la mesa de su despacho, en su piso. Por entonces, mi nombre mereció el honor de figurar en los chismes de un periódico y te causé algunos problemas. Como he dicho antes, la gente desespera de trastornar tu serenidad. Y, en efecto, ¿te trastornaron aquellos chismes?...

Ea, basta ya de palabreras que no harán sino disgustarte más. Vayamos, pues, a las cosas serias.

Si echamos una mirada al pasado, ¿verdad que parece que nuestro matrimonio, que sólo existe de nombre, haya durado mucho tiempo? Y bueno, ¿no te apetece acabar con ello de una vez por todas? Qué duda cabe que es muy triste llegar a eso, pero, si no le ves objeción, tomemos los dos las medidas apropiadas para recobrar nuestra libertad.

Ahora que vas a interrumpir toda actividad en distintos campos (me hubiera esperado lo contrario, pero he leído tu nombre entre los de los hombres de negocios afectados por la depuración⁵), creo que es para ti una excelente ocasión de poner a un tiempo término a nuestra unión. Te expondré mi demanda en pocas palabras. Me contentaré con las casas de campo de Takarazuka y de Yase. La residencia de Yase posee las dimensiones idóneas y los alrededores se acomodan a mis gustos, de manera que, sin siquiera haber obtenido aún tu consentimiento, tengo proyectado desde hace algún tiempo instalarme allí y vender la casa de Takarazuka por unos dos millones de yens con los que viviré el resto de mis días. Es esa, añadiré, la última manifestación de mi egoísmo, al tiempo que la primera y última de mis exigencias, ya que jamás me he mostrado abusiva contigo.

Pese a ser repentina mi proposición, no vayas a pensar que frecuente en este momento a algún guapo muchacho que pueda ser mi amante. ¡No! No has de temer verme sucumbir a las seducciones interesadas de nadie. Lo siento, pero aún no he encontrado a ningún hombre a quien pueda llamar mi amante sin

experimentar vergüenza. Una nuca seductora y cuidada, un cuerpo joven y robusto como el de un antílope... pocos hombres reúnen esas dos simples condiciones. Siento confesar que me quedé, de entrada, tan fascinada por mi marido en los inicios de mi matrimonio que, aun hoy, pasados más de diez años, soy incapaz de resistirme a su atractivo.

A propósito de antílopes, recuerdo haber leído en los diarios que habían hallado en el desierto de Siria a un muchacho desnudo, que compartía la vida de los antílopes. ¡Qué admirable fotografía! ¡Ah, la limpieza de sus rasgos, bajo el cabello alborotado, la belleza de sus piernas, capaces, al parecer, de correr a cincuenta millas por hora! Aun hoy, me recorre un estremecimiento al recordar a aquel muchacho. ¡Inteligencia, no es otra la palabra que describe semejante rostro, y animalidad, la que, en mi opinión, define tamaño cuerpo!

Desde que contemplé la fotografía de aquel muchacho, todos los hombres se me antojan triviales. Si alguna vez ha inflamado un deseo impuro el corazón de tu esposa, fue en el instante en que me quedé fascinada por el muchacho antílope. Cuando me viene a las mientes su cuerpo tenso, húmedo por el rocío del desierto —o más bien cuando pienso en la simplicidad de su extraordinario destino—, aun hoy, me siento inundada por un extraño sentimiento, como salvaje.

Hace dos años, anduve loca, durante un tiempo, por Matsushiro, un pintor vanguardista. Me disgustaría que creyeses todo cuanto se dijo al respecto. En aquella época, emanaba tu mirada un extraño destello de tristeza que reflejaba sin ninguna duda tu piedad. No había, no obstante, nada que justificase tal piedad. Aun entonces, me sentía como atraída por tu mirada. Su poder no era equiparable, por supuesto, al del muchacho antílope, pero era maravillosa. Tú, capaz de poseer tan maravillosa mirada, ¿por qué no me habías mirado así antes? La fuerza no es la única cualidad en un hombre. Cuando se clavaba tu mirada en mí, era siempre la de un hombre que examina una porcelana, ¿no es así? Me veía forzada, por tanto, a permanecer fría y dura, a mantenerme tranquila en un rincón, como si hubiese sido una rara pieza de la antigua época china Kutani. Consecuencia: un día me presenté en el taller de Matsushiro y posé para él. Prescindiendo de toda cuestión personal, insisto en decirte que tengo un alto concepto de su talento, sobre todo cuando pinta casas. Pese a que imita demasiado a Utrillo, creo que pocos pintores, en el Japón actual, son capaces de expresar la melancolía (y es un sentimiento extremadamente fugaz) al pintar un caserón, cualquiera que sea, por lo demás. En cuanto a Matsushiro como hombre, ¡bah! ¡Por debajo de la media! Si a ti te doy de nota 100, él no vale más de 65. A pesar de su talento, resulta vulgar y, aun yendo bien vestido, carece de elegancia. Cuando se mete la pipa en la boca, incluso parece un poco ridículo. Quizá sea ése el aspecto de un pintor de segundo plano cuyas cualidades quedan totalmente absorbidas por su obra.

A principios del año pasado, me encapriché de Tsumura, el jockey de *Blue Honor*, que ganó el Premio del ministerio de Agricultura. Por aquella época, tu mirada brillaba de malicia, y un fulgor de franca reprobación había sustituido a la piedad. Al principio, cuando me cruzaba contigo en el vestíbulo, pensaba que tu mirada reflejaba el verde follaje de los árboles de afuera; pero, un día, me dije que había cometido un flagrante error. A todas luces, era demasiado despreocupada. De haber adivinado el significado de tu mirada, no habría deseado otra cosa que contestar, fría o ardientemente. Pero, por aquella época, todos mis sentidos estaban cautivados por la belleza de la velocidad, y tu forma medieval de expresar tus sentimientos me resultaba incomprensible. Con todo, me hubiese gustado, aunque sólo hubiera sido una vez, invitarte a admirar el magnífico espíritu de competición de Tsumura, pegado a la grupa del invencible *Blue Honor*, en el momento en que rebasaba a más de diez caballos consecutivamente en la línea de llegada. Si hubieras podido, entonces, divisar con tus gemelos el porte de aquella criatura a un tiempo grave y patética (me refiero, por supuesto a Tsumura, no a *Blue Honor*), estoy segura de que tú mismo habrías enloquecido por él.

Aquel muchacho de veintidós años, que parecía a ratos como acariciar un vago remordimiento, se esforzó, dos veces, en mejorar su récord, sólo porque yo lo estaba mirando. Era la primera vez que me tropezaba con semejante manifestación del amor. Al margen del puro deseo de verme felicitarle, tan pronto como montaba la yegua marrón, se olvidaba por completo de cuanto me atañía, y se convertía en un auténtico dios de la velocidad. Sin duda alguna, conocí en aquellos momentos una de las mayores alegrías de mi vida viendo a mi amor (porque se trataba realmente de una especie de amor) correr a lo largo de una elipse de 2 270 metros, bajo los efectos de una pasión límpida como el agua de manantial. No lamento en lo más mínimo el haberle regalado a Tsumura aquellos tres diamantes que salvé durante la guerra. Con todo, sus cualidades más entrañables tan sólo se hacían patentes cuando montaba a *Blue Honor*; no bien se apeaba, pasaba a ser un mozo tosco e inculto, incapaz de apreciar el aroma de un buen café. Huelga decir que la compañía de aquel muchacho, con su combatividad desesperadamente intrépida cuando montaba a caballo, me agradaba más que la del escritor Senoó o la de Mitani, el socialista degenerado. Pero no iba la cosa más lejos. Tanto es así que organicé un encuentro entre el jockey y una bailarina de dieciocho años (ella también era otra de mis chifladuras), y proporcioné al muchacho el dinero necesario para su matrimonio.

Charla que te charla, me he ido por las ramas y me he alejado del tema que me ocupa. Por supuesto, si me establezco en Yase, al norte de Kyoto, conservaré el suficiente gusto por la vida como para no retirarme. No tengo el menor ánimo de conocer la existencia de una austera viuda. Te aconsejo, para ayudarte a pasar tiempos venideros, que construyas un horno para cocer copas de porcelana; yo, por mi parte, cultivaré flores. Según me han dicho, reportarán pingües beneficios vendiéndoselas a los floristas de Shijo Street. Si contrato para ayudarme a una criada de cierta edad, a una muchacha joven y a otras dos mujeres que ya tengo en vistas, puedo sacar fácilmente mil o dos mil claveles al año. Durante un tiempo, nuestra casa de allá quedará cerrada a los visitantes varones, pues me asquean las habitaciones

que conservan el olor de los hombres. ¡Sí, sí, digo lo que pienso!... Hoy tengo intención de nacer a una nueva vida y de organizar de una vez por todas mi existencia con vistas a hallar la auténtica felicidad que me convenga.

Puede sorprenderte mi súbita propuesta... O, mejor dicho, no: supongo que te habrás preguntado muchas veces por qué no te la hacía.

Cuando me remonto en el curso del tiempo, mil detalles acumulados me mueven a hacerme la siguiente pregunta: ¿cómo, durante más de diez años, he podido llevar semejante existencia contigo? En cierta medida, se me ha etiquetado como una mujer demasiado libre, y la gente nos habrá tomado por una pareja de excéntricos, pero hemos llegado a ello sin sufrir gran menoscabo en el plano social. Sobre ese punto, creo que puedes felicitarme.

Resulta penoso escribir una carta de adiós. No me agrada lloriquear, pero tampoco me gusta mostrarme demasiado brutal. Quisiera presentar mi petición de divorcio con elegancia, evitando el herirnos el uno al otro, pero no me siento capaz de eliminar totalmente de esta carta todo rastro de sentimentalismo. Al fin y al cabo, una carta que habla de divorcio no puede ser una carta agradable, quienquiera que sea la persona que la escriba. Me gustaría, en tales condiciones, expresarme en términos directos, como conviene en una demanda de divorcio. Escribiré por tanto una carta francamente desagradable, lo que aumentará tu frialdad respecto a mí.

Era en febrero de 1934, sobre las nueve de la mañana. Yo estaba en una habitación, en el segundo piso del Hotel Atami, y recuerdo que te vi, con tu traje gris, en un acantilado, desde mi ventana. Es un episodio antiguo, muy antiguo, tan confuso, en la actualidad, como un sueño; pero escúchame, y conserva tu sangre fría. Cuál no fue mi dolor cuando mi mirada se tropezó con aquel haori de seda, adornado con cardos brillantes. La que llevaba aquella prenda, una mujer alta y guapa, se acercó a ti. Yo no me esperaba que mi presentimiento cobrara tan exactamente realidad, y sin embargo si acudí allí fue para averiguar si era o no fundado, tras pasar toda la noche en el tren, sin siquiera pegar ojo. Según el consabido cliché, de haber vivido eso en sueños, hubiera querido arrancarme de aquella pesadilla. Tenía entonces veinte años, la edad actual de Shoko, y el choque era brutal para una recién casada que ignoraba el abecé de la vida. Llamé al camarero de la planta, pagué la cuenta (procuré infundirle la impresión de que todo iba bien mientras se preguntaba qué me habría ocurrido), y salí, con la sensación de que me hubiera resultado imposible permanecer en la habitación más tiempo. Me detuve un instante en la acera, delante del hotel, con un dolor fulgurante atenazándome el corazón, sin saber si me dirigiría hacia el mar o si subiría de nuevo hacia la estación. Empecé a bajar hacia la playa, pero, tras recorrer cincuenta metros, me detuve de nuevo. Contemplé inmóvil el mar invernal, espejeante al sol, como si lo hubieran embadurnado con azul de Prusia recién exprimido del tubo. Un poco más tarde, volví la espalda al mar y, cambiando de parecer, me encaminé hacia la estación. Ahora que me paro a pensar en ello, me doy cuenta de que, al obrar así, fui yo quien sentó las bases de nuestra actual situación. De haber bajado hacia el mar, en donde os hallabais, sería, hoy, distinta de la que soy. Pero, para suerte o desdicha, no lo hice. Sin ninguna duda, supuso un giro decisivo en mi existencia.

¿Por qué no tomé el camino que conducía al mar? La razón es la siguiente: no pude reprimir la sensación de que, con relación a aquella mujer guapísima —con relación a mi prima Saiko—, me hallaba en situación de inferioridad bajo todos los puntos de vista: experiencia, saber, talento, belleza, ternura. ¡Ni siquiera poseía el arte de sujetar una taza de café, de hablar de literatura, de disfrutar de la música, de maquillarme! El desconcierto de una recién casada de veinte años, que nada refleja tan bien como una línea curva y pura trazada sobre el lienzo de un pintor. Quizá hayas conocido esa impresión zambulléndote en el mar, los primeros días de otoño. La impresión de no atreverse a hacer un solo movimiento, de no poder hacer un solo movimiento sin notar la hiriente frialdad del agua. También yo temía hacer un movimiento. Fue mucho tiempo, muchísimo tiempo después, cuando hice acopio de valor para decidirme: puesto que me engañabas, también yo te engañaría.

En una ocasión, tú y Saiko-san esperabais el expreso, en la sala de espera de segunda clase, en la estación de Sannomiya. Debí de ser un año después del incidente del Hotel Atami. Estaba yo entre un grupo de colegialas, ramillete de flores, que marchaban de excursión, y, aquel día, me pregunté si iba o no a penetrar en la sala de espera. He conservado asimismo presente el recuerdo de aquella noche en que permanecí largo rato ante el portal cerrado de la casa de mi prima Saiko, preguntándome si tocaría el timbre. Los insectos zumbaban intensamente. No podía despegar la mirada del cuarto del segundo piso de donde se filtraba una luz tamizada a través de las cortinas ligeramente entreabiertas. Me parece que fue por la misma época cuando se produjo el incidente de Sannomiya, pero no podría decir si era primavera u otoño. Con ese tipo de recuerdos pierdo la noción de las estaciones. Numerosas fueron las situaciones análogas; no dejarías de gruñir en señal de reprobación si te las recordase. Así y todo, no tomé ninguna medida definitiva. Ni el día del Hotel Atami, pensaba para mí, había bajado hacia el mar. Incluso en aquella época... Y, poco a poco, la zozobra que apenas había sido capaz de soportar cuando recordaba el espectáculo penoso del mar espejeante y color azul de Prusia se atenuó gradualmente.

Durante un período de mi vida, me hallé auténticamente al borde de la locura, pero imagino que el tiempo acabó imponiendo cierto sesgo a nuestras relaciones. Al igual que se ve cómo se enfría el hierro puesto al rojo vivo, te condujiste al principio con frialdad y yo reaccioné con frialdad análoga; acentuaste entonces aún más tu actitud rígida, y, paulatinamente, alcanzamos el actual grado de frialdad, este maravilloso espíritu de familia, tan gélido que ambos teníamos a menudo la impresión de que nuestras pestañas se habían quedado tías de la escarcha. ¿Una familia yerta de frío? La palabra «familia» está demasiado cargada de ternura, de humanidad, para usarla. Sería preferible, e imagino que estarás de acuerdo, hablar de «ciudadela». Desde hace más de diez años, que yo recuerde, cada uno de nosotros se

ha atrincherado tras los muros de su ciudadela; me has engañado y yo te he engañado (aunque la iniciativa partió de ti). ¡Qué tristemente calculador puede llegar a ser un hombre! Nuestra existencia se erigió totalmente sobre nuestros secretos respectivos. Tú pretendiste hacer caso omiso de mi comportamiento escandaloso y, sin embargo, tan pronto leía en tus ojos el desprecio como el disgusto o el hastío. Muchas veces, llamaba a la criada desde el cuarto de baño, para que me trajera cigarrillos. Cuando regresaba a casa, tras una ausencia, solía sacar del bolso un programa de cine y utilizarlo como abanico. Cuando me empolvaba con polvos franceses, tanto me daba hacerlo en el salón de invitados como en el pasillo. A veces, cuando colgaba el teléfono esbozaba unos pasos de vals. Invitaba a bailar a las primeras bailarinas del cuerpo de ballet de Takarazuka y pedía que me fotografiaran en medio de ellas. Jugaba al mahjong, vestida con una bata acolchada. El día de mi cumpleaños, pedía a las criadas que se pusiesen cintas en el pelo, y sólo invitaba a estudiantes a mis tumultuosas fiestas. Sabía sobradamente que tales excentricidades te hacían fruncir el ceño. Pero nunca me dirigiste, nunca te atreviste a dirigirme reproches sobre mi conducta. Por tanto, nunca tuvimos escenas. Nada turbó jamás la tranquilidad de nuestras respectivas ciudadelas. Tan sólo el ambiente que reinaba en casa se había tornado extrañamente borrascoso, amenazador, irritante, como el calor en el desierto. Tú que eras capaz de matar un faisán o una tórtola con tu escopeta de caza, ¿no eras capaz de matarme de una descarga en pleno corazón? Si me engañabas de modo tan manifiesto, ¿cómo no me engañabas de manera más cruel, total? Una mujer puede en ocasiones transformarse en diosa, aun por obra de los engaños de un hombre. Pero si fui capaz de soportar semejante vida contigo durante más de diez años, fue, que yo recuerde, por la única razón de que perduraba en mí, en lo más hondo de mi corazón, la esperanza de que llegaría un día en que nuestra asociación tocaría a su fin, o se produciría algún acontecimiento, o algo sucedería. ¿En qué consistiría ese algo? Sólo podía contemplar dos posibilidades: o volvía a ti, cerrando los ojos; o derramaba tu sangre hundiéndote en el pecho la navaja que me habías traído a tu regreso de Egipto. ¿Por cuál de ambas soluciones crees que me inclinaba? Yo misma lo ignoro.

Y han pasado ya cinco años. Y se ha producido un acontecimiento de esa índole, ¿recuerdas? Si mis recuerdos son exactos, fue al poco de regresar de tu viaje por el sur de Asia. Yo me hallaba ausente cuando volviste. No aparecí hasta tres días después de tu regreso, y un poco ebria. Pensaba que habías ido a Tokio en viaje de negocios y me quedé sorprendida al comprobar que ya habías vuelto. Estabas solo en tu salón, entretenido limpiando tu escopeta. Todo cuanto dije fue: «¡Bueno, pues ya estoy aquí!» Acto seguido salí a la veranda y me senté en el canapé a tomar el fresco. Te volvía la espalda. El parasol de la mesa del jardín estaba puesto bajo el sobradillo, apoyado en una de las puertas correderas de vidrio que reflejaba una parte del salón. Podía de ese modo divisar tu rostro, mientras restregabas con un trapo blanco el cañón de tu escopeta. Me hallaba sumida en ese estado de indolencia que nos embarga cuando estamos saturados de placer. Desfallecida, demasiado cansada para mover un dedo, dejé maquinalmente que mi mirada se detuviese en tu reflejo en el cristal. Habías acabado de restregar el cañón y levantabas la culata, que también habías limpiado. Entonces levantaste y bajaste varias veces la escopeta echándotela al hombro cada vez. Pero poco después la escopeta dejó de moverse. La apoyaste con firmeza en tu hombro y apuntaste, cerrando un ojo. Yo me puse rígida de repente y me di cuenta de que el cañón apuntaba abiertamente a mi espalda.

«¿Me va a disparar?», me pregunté.

Por supuesto, la escopeta no estaba cargada, pero me interesaba saber si querías matarme. Adopté un aire indiferente y cerré los ojos.

«¿Está apuntando a mi hombro, a mi espalda o a mi nuca?», pensé.

Aguardé con impaciencia oír el chasquido seco del gatillo en la quietud de la estancia, pero no llegó a sonar. De haberlo oído, me hubiera caído tiesa, pues había decidido actuar así si hubiera sido el blanco deseado de quien fuera toda mi vida durante años...

A la larga, me abandonó la paciencia y, con precaución, abrí los ojos para verte apuntándome. Pero, de pronto, se me antojó ridícula aquella comedia, e hice un movimiento. Y cuando mi mirada se fijó en ti, y no en tu reflejo en el vidrio, desviaste bruscamente el cañón de la escopeta. Te pusiste a apuntar hacia las rosas alpestres que habías traído del monte Amagi y que habían florecido por primera vez aquel año, y por fin apretaste el gatillo. ¿Por qué no mataste a tu infiel esposa? Por aquella época, merecía bastante, creo yo, que me disparasen. Tenías claramente la intención de asesinarme y sin embargo no apretaste el gatillo. Si no hubieras, sí, si no hubieras considerado indigna de ser tenida en cuenta mi mala conducta, si tu odio me hubiera alcanzado a través de mi corazón, me habría apretado contra ti. O, al revés, hubiera podido demostrarte mi habilidad en el tiro. En cualquier caso, como te habías negado a actuar, aparté los ojos de las rosas que habías elegido como blanco en mi lugar y, con paso expresamente vacilante, me dirigí hacia mi cuarto, al tiempo que tarareaba la canción *Sous les toits de Paris*.

Luego, siguieron pasando los años, sin brindar otra ocasión decisiva que condujera a una u otra de ambas soluciones. Y llegó el otoño. Las flores del mirto oscuro lucían un rojo más resplandeciente que nunca, y pensé: «Va a producirse un acontecimiento imprevisto.» Era como un vago presentimiento, pero parecía que yo aguardase ese acontecimiento desconocido.

La víspera de la muerte de Saiko-san, acudí por última vez a informarme de su salud. ¡Aquel día, tras más de diez años, me estremecí al ver el mismo haori, cuya imagen, como una pesadilla, había permanecido grabada en mi retina, hacía tanto tiempo, durante aquella deslumbrante y soleada mañana, en Atami! ¡Aquel mismo haori, con sus cardos malvas, enormes, bien visibles, era una pesada carga sobre los frágiles hombros de la dueña de tu corazón, consumida por su mal! Cuando entré en su cuarto, exclamé: «¡Magnífico!» Acto seguido, me senté y procuré calmarme. Pero, al pensar en los motivos que la impulsaban a ponerse aquel haori ante mis narices, supe que iba a perder la sangre fría. El crimen de una

mujer que le había robado el marido a otra mujer, la humillación sufrida por una muchacha de veinte años que acababa de casarse, ambas cosas no podían dejar de exigir un día u otro una reparación. ¡Y ese día había llegado, al parecer! Revelé mi secreto, al que jamás había hecho la menor alusión en más de diez años, y lo saqué a la luz ante el haori adornado con cardos:

«¿Le trae recuerdos su haori, verdad?», dije.

Lanzó un grito de sorpresa, breve, casi inaudible y se volvió hacia mí. La miré fijamente a los ojos, pues le correspondía a ella desviar la mirada.

«Lo llevaba el día en que se encontró con mi marido, en Atami, ¿verdad?», agregué. «Me disculparé, pero yo estaba allí, y lo vi todo.»

Tal como yo esperaba, palideció, y vi cómo los músculos que circundaban su boca se contraían en un rictus de repulsión. Yo misma, de hecho, experimenté una sensación de repulsión. Acto seguido, incapaz de pronunciar palabra, agachó la cabeza y clavó los ojos en sus manos pálidas, que mantenía apoyadas en las rodillas.

Me inundó en aquel instante una especie de exaltación, como si hubiera vivido todos aquellos años para gozar de aquel momento.

Pero, en otra zona de mí misma, experimentaba una indecible tristeza al pensar que uno de los desenlaces posibles era inminente. Permanecí durante un largo rato sentada, inmóvil, petrificada. ¡Cómo debió de desear esfumarse de mi vista!

Al cabo de un rato, fue capaz a duras penas de alzar su lívido semblante; me miró intensamente, y advertí que iba a morir; fue sin duda en aquel segundo cuando se insinuó en ella la muerte. Si no, no habría fijado en mí aquella mirada apacible. En el jardín, la sombra y la luz danzaban bajo el follaje penetrado por los rayos del sol, y en la casa de al lado, dejó de sonar un piano.

«¡Bah! No importa. ¡Ahora, se lo regalo sin más formalidades!», dije.

Tras pronunciar esas palabras, me levanté a buscar las rosas blancas que le había traído. Las había dejado en la veranda. Las metí en el jarrón que estaba encima del estante y las arreglé un poco. Bajé de nuevo los ojos hacia su nuca enflaquecida, al tiempo que ella inclinaba la cabeza, y pensando que quizá fuese la última vez que la veía (¡qué horrendo presentimiento!), le dije: «¡No se atormente! Estamos empatadas, puesto que también yo llevo mintiéndole a usted diez años.»

Me eché a reír, a mi pesar. Su silencio, en cualquier caso, resultaba extraordinario. Durante toda aquella escena había permanecido sin pronunciar palabra, sin hacer un movimiento, como si hubiese contenido la respiración. El asunto estaba dirimido. Ahora, ella era libre de obrar a su antojo. Entonces, con exquisita elegancia, de la que fui consciente, abandoné rápidamente su habitación.

«¡Midori-san!»

Por primera vez desde mi llegada, oí su voz, tras de mí, pero me interné en el pasillo sin contestar.

«¡Oh, qué pálida está usted!»

Salí como de un sueño, al tiempo que oía a Shoko que llegaba con el té, y me di cuenta de que mi rostro, como el de Saiko, había perdido completamente el color.

Espero que ahora comprendas perfectamente por qué pido el divorcio, o, mejor dicho, por qué te corresponde a ti el pedirlo. Me consterna haber escrito tantas cosas desagradables, pero la triste vida que hemos llevado durante más de diez años parece cercana a su epílogo. Te he escrito todo cuanto tenía que decirte. Me gustaría que me mandases tu conformidad por escrito, a ser posible durante tu estancia en Izu.

De hecho, tengo que comunicarte una extraordinaria noticia, antes de concluir. Hoy, por primera vez desde hace tantos años, he ordenado yo misma tu despacho, en vez de dejárselo hacer a la criada. He pensado que resulta un sitio ideal para alguien que busque la tranquilidad. Me resultaba muy grato estar sentada en el canapé, y el jarrón Ninsei, semejante a una flor púrpura, lucía de maravilla en el estante de la librería. Conque he escrito la carta en tu despacho. El Gauguin desentona con el estilo de la estancia y, además, me gustaría llevármelo, si estás conforme, a la casa de Yase. Así que lo he descolgado, sin tu permiso y lo he cambiado por un paisaje nevado, de Vlamínck. Luego, he ordenado tu armario, he guardado tus tres trajes de invierno y, eligiéndolas a mi gusto, he adjudicado a cada uno la corbata adecuada. Espero que te gusten.

CARTA DE SAIKO

CUANDO lees estas líneas, habré dejado de existir. Ignoro qué será la muerte, pero estoy segura de que mis alegrías, mis penas, mis temores no me sobrevivirán. Tantas preocupaciones respecto a ti, y tantas preocupaciones sin cesar renovadas respecto a Shoko... Pronto todo ello no tendrá razón de ser en este mundo. Mi cuerpo y mi alma desaparecerán.

Lo que no es óbice para que muchas horas, muchos días después de que me haya ido, de que haya regresado a la nada, lees esta carta, y te diga, a ti que permanecerás con vida después de que haya dejado yo de existir, los numerosos temas de reflexión que fueron los míos en vida. Como si oyese mi voz, esta carta te dirá mis pensamientos, mis sentimientos, cosas que ignoras. Será como si conversáramos, como si oyese mi voz. Te quedarás asombrado, y sin duda afligido, y me lo tendrás en cuenta. Pero, lo sé, no llorarás. Se te pondrá tan sólo esa mirada triste, esa mirada que nadie sino yo te ha visto nunca, y quizá dirás: «Estás loca, cariño.» Me estoy imaginando tu expresión, y oigo tu voz.

Por eso, más allá de la muerte, mi vida permanecerá presente en esta carta hasta que concluyas su lectura. A partir del instante en que la abras, en que comiences a leerla, hallarás en ella el calor de mi vida. Y durante quince o veinte minutos, hasta que hayas leído la palabra final, ese calor se difundirá por todo tu cuerpo, colmará tu mente de toda clase de pensamientos, como lo hiciera cuando yo aún respiraba.

¡Qué extraña cosa es una carta póstuma! Aun cuando la vida contenida en esta carta no haya de durar más que quince o veinte minutos, sí, aunque esa vida haya de tener tal brevedad, quiero revelarte mi «yo» profundo. Por espantoso que ello parezca, me doy perfecta cuenta, ahora, de que en vida, jamás te he mostrado mi «yo» auténtico. El «yo» que escribe esta carta es mi yo, mi auténtico «yo»...

Puedo aún recordar la belleza del monte Tennozan en Yamazaki, con su follaje rojizo bañado por los aguaceros del postrer otoño. Nos guarecíamos de la lluvia, bajo el saledizo del viejo porche, a la entrada de la famosa casa de té, ante la estación; alzábamos la vista hacia la montaña que se erguía muy recta, al otro lado de la estación, dominándonos majestuosamente. ¿Era aquel espectáculo insólito efecto de un capricho de aquella tarde de noviembre invadida paulatinamente por la penumbra? ¿O era efecto del extraño tiempo que hacía aquel día, con aquellos breves aguaceros que se habían sucedido a lo largo de la tarde? En cualquier caso, la montaña nos brindaba un lujo de colores que nos hacía más bien aplazar el iniciar su ascensión. Trece años han transcurrido desde entonces, pero sigo conservando el deslumbrante recuerdo de la magnificencia del follaje y de cómo hizo que se me llenasen los ojos de lágrimas.

Era la primera vez que éramos *nosotros mismos*. Por la mañana, habíamos recorrido juntos los suburbios de Kyoto y me hallaba extenuada. Tú también debías de estar cansado. Al internarnos en el estrecho y empinado sendero de montaña, me dijiste sin motivo aparente: «El amor es una obsesión. Cabe perfectamente estar obsesionado por tomar una taza de té. Así que, ¿por qué no voy a poder estar obsesionado por ti?» A continuación, añadiste: «Sólo nosotros hemos podido disfrutar de la belleza del Tennozan. Sólo nosotros hemos disfrutado a través de nosotros mismos y en el mismo instante. A partir de ahora, nunca podremos volvernos atrás.»

Me pareció estar oyendo a un niño malcriado tascando el freno.

Aquellas palabras sin importancia pero desesperadas que pronunciaste me hicieron renunciar a mi decisión, como si, de golpe, la hubieras reducido a la nada, pues había decidido romper contigo y me había prometido a mí misma comunicártelo aquella mañana. Pero la melancolía que me embargó tras oír tus palabras hizo nacer en mí el deseo de ser amada como lo desea toda mujer.

¡Qué fácil me resultaba perdonar mi propia disipación, cuando había sido incapaz de perdonar la de mi marido!

Pronunciaste la palabra «pecador» por vez primera en el Hotel Atami, y dijiste: «Seamos pecadores.» ¿Lo recuerdas?

Durante la noche, en nuestro cuarto que daba al mar, los postigos de madera comenzaron a golpear con el viento, y cuando te levantaste a abrirlos a medianoche para que cesase el ruido, divisé en el canal una barca de pesca que ardía como si estuviesen haciendo con ella una fogata. Varias vidas humanas se hallaban, ni que decir tiene, a dos dedos de la muerte, y sin embargo no experimentamos el menor horror. Sólo la belleza de la escena nos llamó la atención. No obstante, cuando cerraste acto seguido los postigos, me invadió como una angustia. Los volví a abrir de inmediato, pero el barco debía de haberse consumido hasta la línea de flotación, porque no pude distinguir el menor fulgor. Sólo era visible la inmensa extensión serena y como aceitosa del mar entenebrecido.

Hasta aquella noche, había tratado de romper contigo. Pero, luego de ver arder la barca de pesca, renuncié a la lucha y me abandoné de buen grado a lo que se me antojaba ser mi destino. Cuando me dijiste: «¿No quieres impedirme que engañe a Midori durante toda nuestra vida?», contesté sin vacilar: «Ya que no podemos evitar el ser pecadores, seamos al menos unos grandes pecadores. Y mientras vivamos, engañaremos no sólo a Midori sino a todo el mundo.» Y aquella noche, por primera vez desde que empezamos a vernos sin que nadie lo supiera, dormí de un tirón toda la noche.

En el espectáculo del barco que había ardido y se había tragado el mar, se me figuraba ver el símbolo del final reservado a nuestro amor sin esperanza. Aun en el instante de escribir estas palabras, conservo la visión de aquel barco cuyas llamas brillaban en la oscuridad. Lo que vi aquella noche, en la superficie

del mar, no era, sin duda, sino el suplicio tan breve como patético de una mujer consumida por los fuegos del amor.

¿Pero para qué traer a la memoria tales recuerdos? Los trece años cuyos inicios marcaron aquellos acontecimientos no estuvieron exentos de penas y zozobras: así y todo, sigo pensando que mi dicha fue más completa que la de nadie. Los abrazos, las caricias que te inspiraba tu loca pasión me hicieron conocer, puedo afirmarlo, una dicha más grande que la que pueda soñar cualquier criatura en el mundo.

Hoy, mientras era de día, he recorrido las páginas de mi Diario, y he pensado que había empleado demasiadas veces las palabras «muerte», «pecado» y «amor». Me han recordado, una vez más, que la vida que había elegido contigo era la menos fácil. Pero cuando he sopesado el grueso cuaderno, su peso no dejaba de ser menos el peso de mi felicidad.

«Pecado», «pecado», «pecado». Estaba obsesionada por la noción de pecado, y a cada instante se me aparecía la imagen de la muerte. Pensaba que si llegaba a oídos de Midori-san nuestro amor, debería pagar mi pecado con la muerte. Pero mi dicha ganaba aún más en profundidad.

¿Quién podía imaginar la existencia de un segundo yo, distinto del que describían esas páginas? El presentar la cosa así, pensarás sin duda, es carecer de modestia y de sensibilidad, pero no se me ocurre otra forma de describirlo. ¡Pues sí! En esa mujer llamada Saiko, ha existido otra mujer, que durante mucho tiempo he ignorado, otra mujer que jamás conociste ni imaginaste.

Me dijiste un día que todo ser albergaba una serpiente en el cuerpo. Fue el día en que fuiste a ver al doctor Takeda, en la Sección Científica de la Universidad de Kyoto. Mientras conversabas con él, yo aguardaba en el largo pasillo del oscuro edificio de ladrillo rojo, y me entretenía observando, una tras otra, las serpientes expuestas en las vitrinas. Cuando regresaste junto a mí, media hora más tarde, casi me producían náuseas.

Echaste una ojeada a las vitrinas y me dijiste en son de guasa: «Esta es Saiko, ésta es Midori y ésta soy yo. Cada uno de nosotros alberga en su interior una serpiente. No hay razón para tener miedo.»

La serpiente de Midori-san era pequeña, de color sepia, y provenía de Asia meridional; la que decías ser la mía era delgada, de origen australiano, totalmente cubierta de escamas blancas, con la cabeza puntiaguda como una hoja de cuchillo. ¿Qué habías querido decir exactamente? Nunca te lo pregunté, pero tus palabras se me antojaron como cargadas de misterio y nunca he podido olvidarlas. A menudo me he preguntado sobre esa serpiente que cada uno, según tú, lleva dentro, y he concluido que tan pronto simbolizaba el egoísmo, como los celos, como el destino.

Aun ahora, me veo incapaz de elegir entre esas distintas interpretaciones, pero es seguro, como dijiste entonces, que vive en mí una serpiente, y que acaba de aparecer hoy por primera vez. Esa serpiente es el otro yo que ni siquiera conocía...

Apareció esta tarde. Cuando Midori-san se presentó a preguntar por mí y penetró en mi habitación, yo llevaba el haori de seda gris malva que, hace ya mucho tiempo, encargaste que me trajeran de Mito City y que, durante mi juventud, me gustaba más que cualquier otra prenda. Midori-san se fijó en él nada más entrar. Pareció sorprendida, pues se detuvo a mitad de su discurso y permaneció un rato silenciosa. Pensé que se habría quedado sorprendida por la excentricidad de aquella prenda de jovencita y, con un pelo de malicia, permanecí muda yo también.

Entonces, me miró con extraña frialdad a los ojos y me dijo: «Es el haori que llevaba usted cuando se encontraba con Misugi, en Atami, ¿verdad? Los vi a los dos aquel día.»

Su semblante estaba curiosamente pálido y grave, y su voz era tan cortante como una cuchilla con la que quisiera traspasarme.

De entrada, no entendí lo que había querido decir. Pero un instante después, cuando me percaté de la importancia de su observación, me alcé el cuello del kimono, sin razón plausible, y permanecí tiesa como una autómata.

«Lo sabe todo —pensé—. ¡Y desde hace tanto tiempo!»

Extrañamente, me notaba tranquila, como si me hallase a orillas del mar, al atardecer, contemplando cómo ascendía la marea hacia mí, desde mar adentro. Casi vi llegar el momento en que le tomaría la mano, le expresaría mi simpatía, le diría: «¡Ah! Conque lo sabe. Lo sabe todo.»

La catástrofe que tanto temiera se había producido, pero no me sentía espantada. Parecía como si los rumores apagados de la playa colmasen el espacio entre ambas. Había bastado un instante para que el velo del secreto, que tú y yo habíamos guardado celosamente durante trece años, fuese brutalmente arrancado, pero lo que hallé era muy distinto de la muerte que me esperaba. Aquello se asemejaba —¿cómo explicarlo?— a la serenidad, al sosiego. A decir verdad, era una paz muy extraña. Me sentía liberada. La triste y pesada carga que había abrumado mis hombros ya no existía. En su lugar, tan sólo quedaba un vacío que curiosamente me tenía casi al borde de las lágrimas. Noté que necesitaba pensar en un montón de cosas. No en cosas sombrías, tristes, aterradoras, sino más bien inmensas, vagas, serenas y apacibles. Me sentí como arrebatada por una sensación de embeleso, o, mejor aún, por la sensación de mi liberación.

Estaba sentada, con la mente ausente, fija la mirada en la de Midori-san, y sin embargo no veía nada. Ni siquiera oía lo que me decía. Cuando volví a la realidad, Midori-san había salido ya de la habitación y caminaba apresuradamente por el pasillo.

«¡Midori-san!», llamé.

¿Por qué aquel grito? Lo ignoro. Quizá deseaba que viniera a sentarse un rato más, frente a mí. De haber vuelto ella sobre sus pasos, hubiera podido decirle sencillamente, sin rodeos: «¿Quieres entregarme a tu marido sin más preámbulos?» También hubiera podido decirle con igual sinceridad: «Ya ha llegado el momento de devolvarte a tu marido.»

Ignoro lo que hubiera dicho. Pero Midori-san no volvió.

«Cuando Midori-san descubra nuestro secreto, moriré», pensaba antes. ¡Qué ridículo era tal pensamiento! «Pecado», «pecado», «pecado», había escrito. ¡Qué vacía resultaba aquella palabra! Una persona que ha vendido su alma al demonio, ¿es por fuerza un demonio? ¿Había engañado a Dios, como me había engañado a mí misma durante trece años?

Luego, me dormí profundamente. Cuando Shoko me sacudió para despertarme, experimenté, en todos los miembros, un dolor tan atroz que me resultó imposible levantarme. Era como si el cansancio de aquellos trece últimos años se hubiera vuelto de pronto sensible. Me di cuenta de que mi tío estaba sentado junto a la almohada. Sólo lo has visto en una ocasión (está siempre ocupadísimo). Había acudido a preguntar por mi salud, pero no podía quedarse más de media hora, porque se iba a Osaka en viaje de negocios. Se quedó charlando de unas y otras cosas durante un rato, y pronto se tuvo que ir. En la puerta, me dijo al tiempo que se ataba los cordones de los zapatos: «Por cierto, Kadota se casó hace ya algún tiempo.»

¡Kadota!... ¿Cuántos años hacía que no oía pronunciar aquel nombre? Mi tío, por supuesto, se refería a mi ex marido. Había citado su nombre por casualidad, pero el corazón me había dado un vuelco.

«¿Cuándo?» Mi voz temblaba tan fuerte que me di cuenta.

«El mes pasado o el anterior. Dicen que se ha hecho otra casa, cerca de su hospital, en Hyogo.»

«¿Ah, sí?» Fue cuanto pude decir.

Tan pronto me dejó mi tío, me interné en el pasillo, caminando lentamente, paso a paso; a medio camino, me apoyé contra una columna, en el salón de invitados. Me notaba de repente tan débil que me daba la impresión de que mi cuerpo se desplomaba en un precipicio. Instintivamente, concentré todas mis fuerzas en el brazo que se apoyaba en la columna. Y cuando miré por la ventana, vi que los árboles se estremecían mecidos por el viento pero extrañamente no dejaban oír ningún ruido, como si se hallasen tras la vitrina de un acuario.

«¡Ah, todo ha acabado!»

Al oír esas palabras, Shoko, que estaba a mi lado, sin que hubiese notado su presencia, me preguntó:

«¿Pero el qué?»

«Yo misma lo ignoro.»

La oí reír y noté su mano que se posaba dulcemente en mi espalda.

«¿Qué quieres decir? Ahora, tienes que volver a la cama», dijo.

Apremiada por Shoko, volví sobre mis pasos con más firmeza. Pero cuando me senté, me dio la impresión de que el mundo entero se desmoronaba por todos los lados a la vez. Me incliné sobre un costado apoyándome en un brazo, y logré dominarme, no sin dificultad, durante todo el rato que permaneció ella conmigo. Tan pronto salió hacia la cocina, lancé un grito terrible y las lágrimas rodaron por mis mejillas.

Hasta aquel instante, jamás me hubiera imaginado que el simple anuncio de la boda de Kadota iba a producirme tal emoción. ¿Qué me había sucedido? Un instante después, —ignoro cuánto duró aquello—, pude percatarme de que Shoko estaba quemando las hojas secas en el jardín. Se había puesto el sol. Era el atardecer más apacible que jamás había conocido.

«Ah, ya habéis encendido el fuego», dije en voz baja, con la sensación de que a Shoko y a mí se nos había ocurrido a un tiempo la misma idea, el hacer fuego adrede para quemar mi Diario. Decidí matarme; noté que había llegado el momento en que, ocurriese lo que ocurriese, había de morir. Sería más exacto decir que había perdido la voluntad de vivir.

Desde que me dejara, Kadota no se había vuelto a casar. Pero tan sólo porque no tuvo ocasión: se había trasladado en efecto al extranjero, por sus estudios. Luego, durante la guerra, lo habían mandado a Asia meridional. Ahora me doy cuenta de que el hecho de que no se hubiera vuelto a casar suponía un poderoso apoyo moral para mí. Sin embargo, créeme, jamás lo he vuelto a ver desde nuestro divorcio, ni he deseado hacerlo. Únicamente por casualidad, me enteraba, por fragmentos, de pormenores insignificantes acerca de él, que me comunicaban miembros de mi familia establecidos en Akashi. De hecho, pasaron muchos años en el transcurso de los cuales ni se me ocurrió pronunciar su nombre.

Ahora era de noche. Tan pronto como Shoko y la criada se fueron a sus cuartos, cogí un álbum del estante. Había en él unas veinte fotografías de Kadota y de mí.

Varios años antes, había dicho Shoko: «Tu foto y la de mi padre están pegadas de tal manera que aparecen una frente a otra.»

Yo me estremecí. Shoko, por supuesto, no concedió la menor importancia a sus palabras pero, tras oír aquella observación, me di cuenta de que, en efecto, algunas fotos, tomadas al poco de casarnos, estaban pegadas en páginas contiguas: de ese modo, al cerrarse el álbum, nuestros rostros entraban en contacto. En aquel instante, al pillarme desprevenida la reflexión de Shoko, me limité a contestar: «Es pura casualidad.»

Con todo, no olvidé aquellas palabras y me volvían a la mente de cuando en cuando. Hasta hoy, no había sacado las fotos del álbum, ni las había cambiado de sitio. Hoy me he dado cuenta de que iba ya siendo hora de quitarlas. He sacado las fotos de Kadota del álbum y las he colocado en el de Shoko, para que pueda conservarlas mucho tiempo, como recuerdos de juventud de su padre.

Ignoraba que poseyese un segundo «yo». La pequeña serpiente de Australia, que según me dijiste una vez se ocultaba en mi cuerpo, ha erguido hoy de repente su cabeza salpicada de blanco. En cuanto a la serpiente color sepia, originaria de Asia meridional, la de Midori-san, se había tragado nuestro secreto de Atami de un rápido lengüetazo y durante mucho tiempo había fingido inocencia.

¿Qué es pues esa serpiente que, según dicen, mora en cada uno de nosotros? ¿Egoísmo, Envidia,

Destino? Quizá algo análogo al «Karma» que los contiene a los tres, y del que podemos disponer a voluntad. Lo siento, pero no tendré ocasión de preguntártelo. Una vez más, la serpiente que se oculta en cada uno de nosotros es una triste cosa. Un día, hallé estas palabras en un libro: «La pena de estar vivo», y, mientras escribo esta carta, sufro esas penas que nada puede calmar. ¿Cuál es, pues, esa nauseabunda, aterradora, triste cosa que albergamos dentro?

Llegada a este punto de mi carta, soy perfectamente consciente de que aún no he escrito nada acerca de mi yo auténtico. De las resoluciones que tomé, al comenzar a escribir, muy pronto no va a quedar nada, y me da la impresión de que deseo huir de lo que se me antoja horrible.

El otro yo, el que aún no conocía... ¡Qué cómoda escapatoria! He dicho que hoy era la primera vez que se revelaba en mí. Pues bien, ¡he mentado! Me parece que ya fui advertida de su existencia, hace ya mucho tiempo.

Experimento un tremendo dolor cuando me viene a la memoria la noche del seis de agosto⁶, en que toda la región comprendida entre Osaka y Kobe se transformó en un mar de llamas. Shoko y yo nos metimos en el refugio que tú mismo construiste. Cuando el zumbido de los B-29 inundó una vez más el cielo por encima de nuestras cabezas, experimenté súbitamente, de modo irreprimible, como el vacío de la soledad, una soledad inexpresable, deprimente. Una soledad ciega. Me pareció que no podía seguir sentada más tiempo en aquel lugar, y salí del refugio sin meta alguna. Te encontré allí, de pie.

El cielo, de este a oeste, estaba como embadurnado de rojo. El fuego había prendido muy cerca de tu casa, pero habías corrido hacia mí y estabas allí de pie a la entrada del refugio. Penetré entonces en él, contigo, pero, una vez allí, me puse a gritar. Tú y Shoko parecíais creer que mi ataque de nervios venía motivado por el terror. En aquel momento, y aun más adelante, no pude explicar mis sentimientos. Perdóname. Por arropada que estuviese en tu gran amor, más grande del que merecía, sólo tenía un deseo en el instante en que entraste: ir a plantarme ante el refugio de Kadota, junto a su hospital, en Hyogo. Una vez, lo vi desde la ventanilla del tren. Presa de temblores ante aquel deseo más fuerte que yo, trataba de reprimirlo a costa de los mayores esfuerzos de que era capaz, gritando.

Sin embargo, no era la primera vez que adivinaba la existencia de aquel segundo yo. Unos años más tarde, cuando me hiciste observar en la Universidad de Kyoto que poseía en mi interior una pequeña serpiente blanca, noté que se me agarrotaban los pies por efecto del miedo. Nunca hasta aquel instante me había inspirado tanto terror tu mirada. Puede que no hablastes en serio, pero experimenté la sensación de que mi corazón quedaba al desnudo y de que mi cuerpo se encogía. Tu observación ahuyentó bruscamente la náusea que me invadió a la vista de las tres serpientes de verdad. Y cuando alcé tímidamente la vista hacia tu rostro, te vi, allí, de pie, ausente, perdida la mirada en la lejanía, con el pitillo apagado en la boca. Tal actitud resultaba en ti extraordinaria. ¿Era un producto de mi imaginación? Pero me dio la impresión de que jamás antes había observado en ti aquella mirada ausente. No duró aquello más que un instante y, cuando te volviste hacia mí, tu expresión había recobrado su dulzura habitual.

Hasta entonces, no había tenido nociones muy claras de aquel otro yo, pero tú le habías dado un nombre, y acabé pensando yo misma que era una menuda serpiente muy blanca. Como repetía la frase varias veces, en la misma página de mi Diario, dibujé, a modo de ilustración, la forma de una pequeña serpiente estrechamente enroscada sobre sí misma; la espiral se tornaba más fina hacia la punta, y la cabeza, delgada como una cuchilla, se erguía hacia el cielo. Me devolvió un poco de valor el proyectar así aquel yo horrible, repugnante, en una imagen concreta, que reflejaba, en definitiva, el apasionado y patético amor de una mujer.

«Hasta Dios encontraría que esa serpiente dibujada es una patética llamada a la piedad.» Tal era el curso de mis reflexiones. Y, desde aquella noche, me pareció que me había convertido en una pecadora aún más grande.

Sí, ahora que he dicho tanto, no quiero ocultar nada más. Te suplico que no te enfades. Durante aquella noche en que el viento sopló tan fuerte, en Atami, aquella noche en que, ambos, pusimos a prueba nuestra decisión de ser pecadores, y de engañar a todo el mundo al objeto de velar por la seguridad de nuestro amor...

Luego de jurar que permaneceríamos fieles a nuestro audaz amor, inmediatamente después, no supimos ya qué decirnos. Yo estaba tumbada en la sábana, y contemplaba en silencio la oscuridad por encima de mi cabeza. En ningún otro momento, había experimentado tal sensación de sosiego. ¿Duró mucho tiempo aquello? ¿Cinco, seis minutos? ¿Duró media hora o una hora el rato que permanecemos silenciosos, cada cual en su sitio?

Yo me sentía entonces muy sola. Había olvidado tu presencia a mi lado y abrazaba mi alma solitaria. Acabábamos de establecer un frente unido para defender nuestro amor, pero, si íbamos a ser tan felices como es posible serlo, ¿por qué sucumbía yo a aquel acceso de desesperada tristeza?

Habías tomado aquella noche la precaución de engañar a todo el mundo. Quiero creer que no decidiste engañarme también a mí. Pero yo, por mi parte, en aquel instante no hacía ninguna excepción, ni siquiera contigo. «Mientras viva, engañaré a todo el mundo, no sólo a Midori-san y a todos los demás, sino también a ti y a mí misma. Tal es mi destino.» Este pensamiento ardió apaciblemente, como la llama de un fuego fatuo, en el fondo de mi corazón solitario.

Antaño, hube de romper totalmente con Kadota. No puedo decir si lo hice por amor o por odio. Aun cuando su falta fuera producto de la inconsciencia, me sentía incapaz de perdonarle su conducta. Y entregada al placer de separarme de él, no me preocupé ni de qué sería de mí ni de lo que tendría que hacer. Más tarde, conocí la auténtica angustia. Busqué con todas mis fuerzas un remedio para ahogarla.

¡Qué poco razonable resultaba! Trece años después, todo se presenta bajo el mismo aspecto que

antaño.

¡Amar, ser amada! Nuestros actos son patéticos. Por la época en que estudiaba segundo o tercero en el colegio de niñas, nos preguntaron en un examen de gramática inglesa la voz activa y pasiva de los verbos. Golpear, ser golpeado; ver, ser visto. Entre muchos ejemplos de esa índole, brillaba esta pareja de palabras: amar, ser amado. Mientras cada alumna examinaba las preguntas meditando con atención y chupando la punta del lápiz, una de ellas, no sin malicia, hizo circular un trozo de papel, y la chica que estaba detrás de mí me lo pasó. Cuando lo tuve ante los ojos, me topé con la siguiente pregunta: «¿deseas amar? ¿Deseas ser amada?» Y bajo las palabras «deseas ser amada» aparecían numerosos círculos trazados con tinta, con lápiz azul o rojo. En cambio, bajo las palabras «deseas amar» no figuraba ningún signo. No me erigí en excepción, y añadí un círculo más debajo de «deseas ser amada». Aun a los dieciséis o diecisiete años, pese a no acabar de saber en qué consiste «amar» o «ser amada», las mujeres parecemos conocer ya por instinto la dicha de ser amadas.

Pero, durante aquel examen, la alumna sentada a mi lado cogió el papel, le echó un vistazo, y, sin vacilar, trazó un gran círculo, apretando bien el lápiz, en el sitio en que no figuraba ningún signo. Ella deseaba amar. Aun hoy, recuerdo perfectamente que en aquel momento me sentí desconcertada, como si me hubiesen atacado de repente a traición; con todo, en el mismo instante, me invadió un leve sentimiento de rebelión, a causa de la actitud intransigente de mi compañera. Era una de las alumnas más grises de la clase, una muchacha apagada, más bien encerrada en sí misma. Ignoro qué habrá sido de su vida, con su pelo tirando a castaño y siempre sola. Pero hoy, mientras escribo esta carta, ya más de veinte años después, me vuelve el rostro de aquella muchacha solitaria, como si sólo hubiese transcurrido un breve espacio de tiempo.

Cuando sus vidas tocan a su fin, cuando descansan en paz, vuelto el rostro hacia el muro de la muerte, ¿a cuál de ambas concede Dios el auténtico descanso, la paz eterna, a la mujer que puede pretender haber gustado plenamente del placer de ser amada, o a la que puede afirmar haber amado, por desdichada que haya sido su vida? ¿Pero existe alguna en este mundo que pueda pretender ante Dios el haber amado? Sí que debe de haber. Aquella muchacha de pelo ralo estaba sin duda abocada a ser una de esas escasas elegidas. ¡Pese a su cabello arreglado sin gusto y su ropa poco cuidada, pese a su cuerpo sin atractivo, puede enorgullecerse de haber amado!

¡Cómo la odio! ¡Cuánto me gustaría olvidar su imagen! Pero no puedo zafarme del recuerdo de su rostro, que no deja de obsesionarme, por muchos esfuerzos que haga por liberarme de él. ¿Por qué ha de agobiarme esta insoportable angustia en el momento en que me enfrento con la muerte, una muerte que estará aquí dentro de unas horas? Recibo el castigo merecido por una mujer que, incapaz de limitarse a amar, intentó hacer suya la felicidad de ser amada.

Tras conocer trece años de felicidad porque me amaste, cuán penoso me resulta verme obligada a escribir este tipo de carta.

El momento, que sabía que había de llegar fatalmente, el momento en que el barco de pesca ardiendo en la superficie del mar debe hundirse sepultado en las llamas ha llegado por fin. No me quedan fuerzas suficientes para seguir viviendo. Ahora, te he mostrado mi auténtico yo. Con ser la vida contenida en esta carta una vida extremadamente corta —apenas quince o veinte minutos—, es mi vida real, la auténtica vida de Saiko.

Déjame decirte una vez más, antes de concluir, que estos trece años resultan para mí tan nebulosos como un sueño. Con todo, he conocido la felicidad, gracias a tu inmenso amor. Más que nadie en este mundo.

Cuando concluí la lectura de las cartas enviadas a Misugi, la noche tocaba casi a su fin; con todo, tomé de mi escritorio la carta que me había mandado, y la releí. Leí y releí las palabras con las que finalizaba y que se me antojaban cargadas de un oscuro sentido: «Tiempo hace ya que me interesa la caza, pero, mientras que actualmente me he convertido en un ser solitario, hace unos años, cuando inspiraba el respeto de todos tanto en mis actividades sociales como en mi vida privada, el echarme una escopeta al hombro suponía para mí una obligación.»

Cobré conciencia de súbito de la insoportable tristeza que desprendía en particular aquella escritura a un tiempo discreta y bella. Al modo de Saiko, podría haber denominado aquello la «serpiente» que moraba en él.

Me levanté, me dirigí a la ventana de mi despacho orientada al norte, y contemplé la noche oscura de marzo que las chispas azuladas expulsadas por un tren eléctrico iluminaban con breves relámpagos a lo lejos.

Me pregunté qué significado habría dado Misugi a aquellas tres cartas y de qué le habrían informado. ¿Pero podía extraer de ellas el menor provecho? ¿No había conocido perfectamente la serpiente de Midori y la serpiente de Saiko antes de leer sus cartas? Una zona de mi mente parecía hallarse bajo los efectos de una droga. Apoyé las manos en el antepecho de la ventana, y, como si hubiese tenido ante los ojos lo que denominaba Misugi su «seco lecho de pálido torrente», dejé que mis ojos se hundieran en la oscuridad que bañaba el angosto jardín y sus frondosos matorrales, apenas debajo de mí.

notes

Notas a pie de página

¹ «Haori» es un chaquetón que se pone encima del kimono. (*N. de Yuna Alier.*)

² En familias de clase media y alta de Japón existe el hábito de que el yerno adopte el apellido de la esposa cuando la familia de ésta carece de descendientes varones. (*N. de Yuna Alier.*)

³ «San» es tratamiento de cortesía de aplicación común. (*N. de Yuna Alier.*)

⁴ Famosa escuela de bailarinas y cantantes de *music-hall* de alta categoría. (*N. de Yuna Alier.*)

⁵ Depuración que siguió a la derrota de la Segunda Guerra Mundial. (*N. de Yuna Alier.*)

⁶ En 1945, fecha de un ataque aéreo a toda la zona del litoral este del Japón, que incluyó el lanzamiento de una bomba atómica sobre Hiroshima. (*N. de Yuna Alier.*)